

DOMINGO IV ORDINARIO “A”

Cristo llama bienaventurados a los que el mundo desprecia

So 2,3;3,12-13:

Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde

Sal 145, 7-10:

Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos

1Co 1,1-12:

Dios ha escogido lo débil del mundo

Mt 5,1-12:

Dichosos los pobres de espíritu

I. LA PALABRA DE DIOS

Como Moisés en el Sinaí promulgó la Ley antigua, Cristo en la montaña proclama la Ley de la Nueva Alianza.

«*Él se puso a hablar, enseñándoles*». Después de la proclamación, viene la enseñanza catequética para los seguidores de Jesús. Este discurso inaugural es programático: habla de reforma interior, de las actitudes internas necesarias para ese nuevo tipo de existencia, o “nuevo estilo de vida”, llamado “salvación”, “reino de Dios”, “vida nueva”, “civilización del amor”.

«*Las bienaventuranzas no tienen como objeto, propiamente, unas normas particulares de comportamiento, sino que se refieren a actitudes y disposiciones básicas de la existencia y, por consiguiente, no coinciden con los mandamientos. Pero no hay separación o discrepancia entre las bienaventuranzas y los mandamientos, pues ambos se refieren al bien, a la vida eterna. Las bienaventuranzas son, ante todo, promesas de las que también se derivan, de forma indirecta, indicaciones normativas para la vida moral. En su profundidad original son una especie de autorretrato de Cristo y, precisamente por esto, son invitaciones a su seguimiento y a la comunión de vida con Él*» (Juan Pablo II).

«*Los pobres en el espíritu*». Literalmente “los pobres (en cuanto) al espíritu”. Esos “pobres” son los “*anawim*” del AT: conscientes de su radical necesidad de Dios, ponen sólo en Él su confianza; son los “*humildes*”, más bien que los que carecen de bienes materiales. Esos “pobres” pueden ser ricos, como el rey David, que “*llámase pobre, aunque está claro que era rico, porque no tenía en las riquezas su voluntad; si fuera realmente pobre, y de la voluntad no lo fuera, no era verdaderamente pobre*” (San Juan de la Cruz). El Eclesiástico (31,8-11) habla de la bienaventuranza del rico que usa bien sus riquezas. En cambio, puede existir un triunfalismo de la pobreza, no evangélico: en Qumrán “pobres de espíritu” parece ser título honorífico que se atribuía a sí misma la comunidad. Las demás bienaventuranzas son todas explicitaciones de la primera; los “pobres” son los que sufre, los mansos, los pacificadores, los perseguidos, etc.

Esa pobreza es la característica de la Antigua Alianza en la que Dios realiza su designio a través «*de un pueblo pobre y humilde*» (1ª Lect.). Es también la característica de la Iglesia en la que «*no hay muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas*» (2ª Lect.).

«*Dios ha elegido lo necio del mundo,... lo débil... lo plebeyo y despreciable..., lo que no cuenta...*». Cuando San Pablo escribe estas palabras a los corintios no sólo está poniendo de relieve una situación de hecho – la inmensa mayoría de los cristianos eran gente pobre, sencilla, inculta, que no contaba a los ojos del mundo, despreciable para los que se creían algo–, sino que está enunciando un principio, un criterio de la acción de Dios, que elige con preferencia lo humanamente inútil para manifestar que Él y sólo Él es el Salvador.

«*Para que nadie pueda gloriarse en presencia de Dios*». Tenemos que estar muy atentos para ver si nuestros criterios y modos de actuar son los del evangelio. El mayor pecado es el gloriarnos en presencia de Dios, el enorgullecernos pensando que somos algo o podemos algo por nosotros mismos. El Señor nos dice tajantemente: «*Sin mí no podéis hacer nada*». No dice que sin Él no podemos mucho o sólo una parte, sino «*nada*». Cuando nos apoyamos –en la vida personal o apostólica– en la sabiduría humana, estamos perdidos. Cuando confiamos en el prestigio humano o en el poder, el resultado es el fracaso total, la esterilidad más absoluta.

«*El que se gloríe, que se gloríe en el Señor*». En Él y sólo en Él vale la pena apoyarse. «*En cuanto a mí –dirá San Pablo– me gloríe en mis debilidades*» (2 Cor 12,9). Gozarnos en ser nada, en sabernos inútiles e incapaces, para apoyarnos sólo en Él, que nos dice: «*Te basta mi gracia*». Apoyarnos en los hombres no sólo conduce al fracaso, sino que es reproducir el primer pecado, el querer “ser como dioses”, el prescindir de Dios.

Esto es tan serio, que San Pablo exclamará con vehemencia: «*Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*» (Gal 6,14). Sólo Cristo crucificado y humillado salva, pues Él es «*fuerza de Dios y sabiduría de Dios*» (1 Cor 1,23-24). Él es para nosotros «*sabiduría, justicia, santificación y redención*». Fuera de Él no hay santidad, no hay salvación, no hay sabiduría.

Las Bienaventuranzas nos conducen a reconocer nuestra insuficiencia, a identificarnos con Jesucristo, a construir un mundo nuevo con los valores del Reino y a conseguir la bienaventuranza de Dios.

II. LA FE DE LA IGLESIA

**Las Bienaventuranzas
(1716-1723).**

Las bienaventuranzas están en el centro de la predicación de Jesús. Con ellas Jesús recoge las promesas

hechas al pueblo elegido desde Abraham; pero las perfecciona ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los cielos.

Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos.

Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer.

Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe.

La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor

**Los que esperan de Dios la justicia:
(716; 721; 725).**

La gran obra del Espíritu Santo, durante el tiempo de las promesas para preparar la venida de Cristo, es el Pueblo de los "pobres", los humildes y los mansos; totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías. Esta es la calidad del corazón, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor «un pueblo bien dispuesto».

María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres.

Por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en comunión con Cristo a los hombres "objeto del amor benevolente de Dios", y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Ciertamente, según su grandeza y su inexpresable gloria, «nadie verá a Dios y seguirá viviendo», porque el Padre es inasequible; pero su amor, su bondad hacia los hombres y su omnipotencia llegan hasta conceder a los que lo aman el privilegio de ver a Dios... porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (San Ireneo).

«¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (S. Agustín).

«El dinero es el ídolo de nuestro tiempo. A él rinde homenaje "instintivo" la multitud, la masa de los hombres. Estos miden la dicha según la fortuna, y, según la fortuna también, miden la honorabilidad... Todo esto se debe a la convicción de que con la riqueza se puede todo. La riqueza por tanto es uno de los ídolos de nuestros días, y la notoriedad es otro... La notoriedad, el hecho de ser reconocido y de hacer ruido en el mundo (lo que podría llamarse una fama de prensa), ha llegado a ser considerada como un bien en sí mismo, un bien soberano, un objeto de verdadera veneración» (Newman).

«Sólo Dios sacia» (S. Tomás de Aquino).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Sólo desde el amor
la libertad germina,
sólo desde la fe
van creciéndole alas.*

*Desde el cimiento mismo
del corazón despierto,
desde la fuente clara
de las verdades últimas.*

*Ver al hombre y al mundo
con la mirada limpia
y el corazón cercano,
desde el solar del alma.*

*Tarea y aventura:
entregarme del todo,
ofrecer lo que llevo,
gozo y misericordia.*

*Aceite derramado
para que el carro ruede
sin quejas egoístas,
chirriando desajustes.*

*Soñar, amar, servir,
y esperar que me llames,
tú, Señor, que me miras,
tú que sabes mi nombre.*

*Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.*